

PRIMEROS Y SEGUNDOS PASOS

En el principio fue Piria. Si, Francisco Piria, el pequeño gigante hacedor de Piriápolis, ese populoso balneario nuestro que en décadas lejanas supo de un esplendor dorado, como el que después habría de acaparar Punta del Este. A lo largo de sus muchos años, don Francisco (visionario rematador de tierras) dispuso en su *polis* privada de todo cuanto importaba al bienvivir de la época: empresa inmobiliaria, castillo, hotel, bodega, etc. Todo en formato "burguesía uruguaya", sin más linaje que el del dinero. El personal de servicio calificado y el alhajamiento¹ eran europeos; y como los vinos de Piriápolis debían rivalizar con los mejores del mundo, el bodeguero también fue importado. Aquí entra en escena Brenno Benedetti, un reputado enólogo oriundo de la Umbria, en la Bella Italia: sus no pocos méritos (además de enólogo, era químico y astrónomo) no le hubieran alcanzado a don Brenno, sin embargo, para figurar en otra biografía que no fuera la de Piria, o la suya propia; pero echó raíces en el Uruguay, formó familia, tuvo tres hijos; y uno de ellos -también Brenno, también químico, también enólogo- habría de tener, a su vez, dos (de su matrimonio con Matilde Farrugia). El mayor es Mario, nuestro Mario Benedetti. A quien podemos llamar *nuestro* gracias (entre otros azares) al empeño de don Francisco Piria por traer a su Piriápolis un enólogo de Italia.

Cuenta Mario -y tiene por qué saberlo- que aquel pionero no era muy estricto en el cumplimiento de sus compromisos. Bah, redondamente los desconocía. Y más de un chef burlado decidió emprender a pie el viaje de regreso a la capital uruguaya. Hubiera podido hacerlo en el confortable barquito de la carrera "Montevideo-Piriápolis", de no mediar la enojosa circunstancia de que 1), éste era propiedad de don Francisco y 2), don Francisco se negaba a venderle pasajes a los díscolos. Pocos meses después de su arribo a estas playas (a esa playa), también el enólogo italiano se declaró harto de las triquiñuelas del viejo para ignorar las cláusulas contractuales que no le convenían, y se mandó a mudar. A pie hasta Montevideo, por supuesto, porque la vía marítima le estaba vedada (él ni consultó), y carretera hasta Piriápolis aún no había. En cuanto a "hacer dedo" -de corbata, traje negro y bombín- eso parecía más bochornoso que el largo emprendimiento a pie.

Pero ya en Montevideo, a don Brenno le fue bien: se vinculó a los Caviglia (mueblería fina y establecimientos agrícolas en el interior del país), y a poco se convirtió en hombre de confianza, administrador y director de las actividades agropecuarias y vitivinícolas de la encumbrada familia. El nieto famoso tomará otro rumbo, pero la primera pregunta es de cajón:

— ¿Te gusta el vino?

— ¡Sí! Pero el tanino que contiene el vino tinto me hace mal para el asma...

(Ventajas de no ser hijo de enólogo; yo no tengo ningún problema con el tanino).

El alumbramiento de Mario ocurrió el 14 de se-